

Opiniones de un provinciano

SOBRE LA ETICA DEL CINE

No puede negarse que el cine sea una formidable fuerza sociológica, o mejor aún, que el cine pueda ser utilizado como cauce de fuerzas y energías sociales de carácter espiritual. Un sencillo experimento nos lo dice: la interrogación entre los aficionados a nuestro espectáculo. Muchas personas que no saben quien descubrió América, que ignoran el nombre del autor del Quijote o que se quedan indiferentes cuando oyen el de Isabel la Católica, distinguen, sin titubeos ni vacilaciones, los nombres de numerosos artistas de los que llaman «estrellas del cine». Y no confunden, pongo por caso, a Carole Lombard con Greta Garbo. Otra trágica experiencia hice, recientemente, en un cine de Madrid: espectadores de mi cercanía daban entero asenso a ciertas escenas de una película de trucos, los más inverosímiles y absurdos. Recordé entonces a los ingenuos ateos, ridiculizados por la literatura cómica del XIX, que, según ellos, lo eran gracias a Dios. ¿Será posible, me repetía, será esto posible?

El cine es hoy, con el foot-ball, los toros y el boxeo, uno de los espectáculos predilectos de las masas. Ya sabemos todos las causas de tal predilección: su relativa baratura, su sensualidad, la sencillez de su comprensión, su origen científico y mecanizada técnica, sus graciosos trucos, y ¿por qué no? la belleza que alcanzan ciertas películas.

Basta, en estas tranquilas ciudades de provincia, observar la regularidad y constancia del público aficionado, sus costumbres y capacidad de admirarse, las colas que forma en las taquillas para tomar la entrada y llenar los locales—sin reparar en los precios—para darse cuenta de que la fascinación de la pantalla es moneda corriente en el mundo, aún en los más apartados rincones. De mi provincia puedo decir que en la capital funcionan, diariamente o poco menos, dos salas de cine, de bastante capacidad una de ellas; que en un Colegio de 2.^a enseñanza se proyectan cintas sonoras los domingos y días de fiesta y que han de pasar de una docena las localidades con cine funcionando de modo regular. Añadiré que en la época, reciente aún, del wolfran hubo pueblecito de 6.000 almas en el que daban función diaria dos salas dedicadas a cine.

No debemos extrañarnos, pues, de la sorpresa que los elementos teatrales han recibido ante esta preponderancia del afortunado competidor, el cual va desplazando, lenta pero inexorablemente, a las compañías de teatro de sus propios locales. De donde nace el clamor, un tanto inoportuno, de empresarios, autores y actores teatrales en contra del cine y sus protestas y aspavientos, en lo relativo a sus aspectos histórico y estético, principalmente. En lugar de plantear el problema en su verdadera modalidad, que es la sociológica, lo derivan hacia cuestiones objetivas y llegan incluso a pedir la intervención del

Estado, poco menos que con las angustiosas llamadas de los náufragos. Más resulta que los poderes públicos, con acierto evidente, se desentienden bastante del teatro para proteger y encauzar las actividades de la industria cinematográfica. ¿En virtud de qué razones? Mi propósito es ponerlas de manifiesto, dejando a un lado las de orden económico.

He aquí la primera: he afirmado reiteradamente que el cine es hoy el espectáculo favorito de las masas. Su influencia sobre las mismas tiene, pues, que ser enorme, y debemos ponerla casi al mismo nivel que las de la prensa y la radio. Luego si es cierto que existe una psicología de las colectividades que permite empujar a las multitudes en direcciones determinadas, según leyes discernibles por el método experimental, será lógico que todo gobernante atento a las palpitaciones del corazón de ésta, personalidades de orden superior que son las masas humanas, tenga muy en cuenta las variaciones y el ritmo de su funcionamiento. No hacerlo sería pecado imperdonable.

Ahora bien, una cinta cinematográfica puede interesar al gran público por otras cosas muy distintas a su belleza. Pongamos a un lado el origen científico del cine: ¿no es cierto que la ciencia tiene todavía, entre las masas, una aureola fabulosa y un tinte de misterio? Este prestigio alcanza gran influencia porque, además, se le invoca, juntamente con los grandes capitales invertidos en el rodaje, por la propaganda. Y sabemos que la propaganda es resorte de acción segura cuando está bien hecha, aunque sus bases y razones íntimas queden ocultas. Recordemos el cuento, tan antiguo como agudo, de los tejedores de la tela maravillosa, invisible para los manchados con alguna tara social. Porque algo análogo ocurre con las modas estéticas, científicas y con todo género de teorías más o menos en boga. En este caso del cine ayuda mucho la incapacidad que se adjudica el vulgo para comprender la ciencia. Precisamente cuando la ciencia no tiene, ni debe tener, esta propiedad, ya que es obra humana dejada por Dios a las disputas de los hombres. Lo científico puede llegar a ser muy difícil, sutilísimo y oscuro; pero jamás misterioso, en el sentido de carecer de explicación razonable.

Consecuencia: hay en lo más hondo del alma de los hombres una real necesidad de misterio, de algo transcendente y superior a su naturaleza material, pues así lo demuestra esta general tendencia, tan constante como universal. Podríamos, pues, decir, parodiando una conocidísima frase del propio vulgo: ¡Si los pseudo-filósofos de la revolución enciclopedista y anticristiana levantasen la cabeza...!

Otro aspecto que da interés al cine es su capacidad informativa. Si puedo, sin salir de mi casa, presenciar en proyección animada acontecimientos y sucesos ocurridos en lejanos y exóticos países y climas, es lógico que trate de satisfacer tan legítima curiosidad. De ahí el éxito de algunos noticiarios y documentales. No llegará la emoción a ser tan intensa ni tan pura como en la contemplación directa, es verdad; pero a falta de otra cosa y dada la objetividad de la fotografía, mi ansia de saber quedará satisfecha. Y este método de conocimiento puede ser aplicado a las creaciones de la fantasía, a las creaciones artísticas. Por eso el cine se ha lanzado por los difíciles caminos del arte y del ensueño. Ya sabemos que, en esta dirección, todavía anda con pasos vacilantes y poco seguros; más cuando la información que se le pide es de cosas concretas alcanza una neta superioridad sobre cualquiera otro medio.

Se deriva de la anterior faceta otra de enorme importancia: la que hace del cine un imprescindible instrumento docente. ¿Se ha pensado bien en las posi-

bilidades pedagógicas del cine?. Yo he presenciado el caso de que un público corriente aplauda una película de carácter instructivo en el más puro concepto de tal propósito. Sáquese la oportuna consecuencia, porque en interés de todos está la utilización prudente y provechosa de dicha cualidad. Y debo advertir que, en más de una ocasión, se nos dió en tales cintas, por graciosa añadidura, una lección de belleza.

En estos últimos aspectos, sin embargo, se encuentran las más peligrosas actividades sociales del cine. Lo que es concordante con los abusos reiterados de aquellos artistas que, escudados en una falsa libertad, pretendieron, en no importa que momento y lugar, arrimar el ascua del arte a la sardina de sus intereses particulares, de secta o de partido. ¡Cuántos sofismas, cuántos errores y cuántas majaderías se han pretendido—y aún se pretenden—justificar tomando por celestinas a las Bellas Artes! No se trata de representar de una manera artística una idea más o menos equivocada, más o menos fabulosa, que ello pudiera ser disculpable y aún admisible—el caso de la Mitología y del desnudo en la pintura—, no, se trata de utilizar el Arte como palanqueta para asaltar las conciencias y entrar a saco en sus recintos.

Y no es que nos asusten, a mí particularmente ni a muchos como yo, estos intentos torcidos. Sé muy bien que porque me diga un señor que es libre de emitir tal o cual opinión, la verdad de la misma no queda justificada. Creo que el mundo es ya lo suficientemente viejo para que puedan prevalecer, por ignorancia, las malas causas. Pero aún quedan ingentes intereses materiales por esos mundos, cuya necesidad de captación de voluntades no duda en aventurar una parte de su riqueza en dorar píldoras morales y en la pretensión de hacernos tragar ruedas de molino, lo que, para muchos es un peligro evidente si la verdad no les sale al paso con valentía y sencillez. Es un axioma en estos menesteres que el que ataca procura hacerlo siempre desde un punto de vista favorable. El atacado suele, por otra parte, perder demasiado tiempo en darse cuenta del ataque y en aprestarse a la defensa.

¿No es verdad que de aquí nace la obligación de una vigilancia atenta para impedir los males producidos por un abuso tal? ¿Y no es cierto asimismo que el Estado tiene que ayudar, con toda la posible eficacia, a los productores de buenas cintas? ¿No habéis notado las diferencias tan palpables a este respecto cuando se consideran obras de arte, de nivel estético análogo, si una de ellas no encierra más tesis que una moralidad corriente y eterna y la otra pretende justificar una ética injustificable? Pondré un ejemplo que aunque se refiere al teatro podemos muy bien aplicar al cine. El Hamlet y el Don Carlos. Yo recuerdo haber presenciado en el Teatro Real una representación de la ópera basada en el drama de Schiller. Era un jovenzuelo y comprendí toda la mala intención política de la obra. Su exagerado odio contra Felipe II produjo en mi ánimo un efecto contrario al esperado por su autor: si el fundador del Escorial, me decía, necesita ser presentado tan cruel, tan perverso, algún interés inconfesable anda por medio. Y acerté, como no podía ser menos.

Existe, sin duda, una tremenda responsabilidad de orden moral en las autoridades de una nación que abandone, de cualquiera manera que ello sea, sus funciones tutelares en asunto tan delicado. En todo caso tienen, además de el deber de amparar, proteger y fomentar las cintas buenas, bellas y útiles, el de ser inexorables con las innobles, con las inmorales y con las injustas. Sobre todo han de cerrar el paso, con rigor, a las que pretendan propagandas a base de secretos y de misterios inútiles.

Y aquí termino mi trabajo. Será calificado por algunos con el adjetivo, tan corriente entre los aficionados al cine, de *tostón*. Los comprendo en parte, porque ciertos espectadores no alcanzan a estimar en la vida otra cosa que la frivolidad y el lado alegre y poco pesado de la misma. Sé también que otros sacarán a relucir la consabida cantaleta de que no he dicho más que cosas archisabidas de puro elementales. ¡Precisamente, amigos míos, precisamente! En muchas cuestiones, que están sobre la mesa, se usa y abusa del socorrido truco de andarse por las ramas y olvidar de modo deliberado el tronco y las raíces.

Por lo tanto, como resumen y advertencia, este espectador de provincia debe decir a cualquiera autor cinematográfico que pretenda utilizar en sus propagandas el señuelo de bellezas imaginarias, enmascarando los verdaderos fines de su obra, o, simplemente, tratando de salvar un capital empleado con más o menos acierto, que puede dormir tranquilo porque tales candideces no le engañan. Y a la crítica, que observo dispuesta a trabajar dignamente, tengo que aplaudirla por su labor honrada. Aunque, a decir verdad, en unas cuantas ocasiones me ha desorientado en grado sumo. No puedo olvidar que cuando fui a ver «Rebeca», impulsado por algunos juicios críticos laudatorios, sufrí una gran desilusión: aquello más que otra cosa resultó para mí una bonita película policiaca, y no de las mejores. Alguien pretendió luego justificar al director de la cinta hablándome de ciertas exquisiteces psicológico-patológicas. Ni que decir tiene que el chistecito no me pareció malo del todo; pero pensé en aquello que solía decir de sí mismo un vecino mío: «¿Pobre y sordo...?, dos veces desgraciado». ¿Policiaca y freudiana?, doblemente cándida.

TOMÁS MARTÍN GIL.